

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

José María Espinasa
jespinasa@gmail.com

La estética de las libélulas. Para una primera aproximación a Jorge López Páez

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 60, abril-junio 2022, pp. 16-18.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

LA ESTÉTICA de las libélulas

Para una primera aproximación a Jorge López Páez

José María Espinasa

En 2022 Jorge López Páez cumpliría 100 años y hay no solo que recordarlo, sino leerlo, releerlo. El longevo escritor murió hace apenas un lustro y habría que preguntarse: ¿quién fue, quién es y quién será para la literatura mexicana? Hay un amplio menú de posibilidades. Voy a enumerar algunas de ellas. La más evidente: Jorge López Páez es autor de un clásico de la novela breve: *El solitario Atlántico*. Y de la novela que recrea la niñez: la narración se ocupa de la infancia en una ciudad de provincia. No es un tema ni un género muy socorrido en la literatura mexicana, pero cuenta sin embargo con algunas obras de referencia, con las que la obra de este escritor dialoga estrechamente: pienso en *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco y en *Elsinore* de Salvador Elizondo, unos años más jóvenes, pero que en cierta manera pueden formar una misma generación.

El solitario Atlántico, título tomado de Herman Melville, lo situó de inmediato en el panorama narrativo de la entonces naciente generación de los cincuenta. La publicó el Fondo de Cultura Económica (FCE) en 1958, aunque, como sucedió con la mayoría de ellos, su primer libro, *Los mástiles*, apareció en la hoy ya mítica colección Los Presentes, que dirigía y animaba Juan José Arreola. De *El solitario Atlántico*, tengo delante de mí la edición original y también una

en Lecturas Mexicanas, de 1985, y otra en la colección 18 para el 18, en un mismo volumen junto a *Solledad*, de Rubén Salazar Mallén, y *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibarguengoitia. Extraña compañía: no se parecen entre sí esas novelas. Y también se le suma una, recién salida del horno, para conmemorar su centenario, resultado de un nuevo proyecto editorial. Las efemérides son un campo fértil para la revisión de obras y autores. Ha tenido, pues, varias reediciones, algunas de alto tiraje y amplia divulgación. Lo que es claro es que esos escritores –el arco que va de López Páez a Carlos Fuentes– renuevan la narrativa nacional, en cierta manera exhausta después de las notables sagas revolucionarias que culminan en *Pedro Páramo* y *Los recuerdos del porvenir*. Entre los integrantes más notables se encuentran Ricardo Garibay, Sergio Fernández, María Luisa Mendoza, Luisa Josefina Hernández y Sergio Galindo. La enumeración de autores muestra que la unidad temporal no se refleja necesariamente en la unidad estilística: la narrativa tiene muchas vías de desarrollo.

No obstante la enorme calidad de esa primera novela –antes había publicado una pequeña obra de teatro, *La última visita*, y el mencionado libro de cuentos, *Los mástiles*–, no podemos definir su narrativa como la nostalgia de esa niñez perdida, pero sí en cam-

bio ver en ella la profunda huella que dejó su natal Veracruz –nacido en Huatusco, enclavado en la sierra pero cercano al mar– en sus primeras novelas extensas, *Hacia el amargo mar* (1964) y *La costa* (1980), y el diálogo que sostiene con escritores de la misma región, como Emilio Carballido. Este último autor nos hace volver atrás: no es dato menor que la primera publicación de López Páez, esa delgada *plquette* de apenas 20 páginas, sea una obra teatral. Era una época en la que el género dramático parecía vivir un momento excepcional, tanto en la escena con las experiencias de Poesía en voz alta y un poco después la Casa del Lago, como en la página, con obras de Carballido, Luisa Josefina Hernández y Elena Garro o Jorge Ibarguengoitia. Y eso se notaría en sus obras narrativas, en las que recurre mucho a escenas teatrales o cinematográficas. Lo mismo les ocurrirá a Galindo y Pitol. En otro lugar he llamado a esto la tentación dramática.

Releída 80 años después de su aparición, *El solitario Atlántico* es una obra inspirada, con un aliento muy particular y personal, poco frecuente en la tradición mexicana. Sobre todo consigue plasmar la experiencia mágica, no exenta de sufrimiento, de la vida de los niños a punto de llegar a la adolescencia, su propio universo de relaciones y los choques con el mundo de los adultos. Los pasajes de juegos en-



Archivo personal de Jorge López Páez, reproducido con autorización de Víctor Balvanera

frentados en la construcción de una presa infantil o la competencia en la cacería de libélulas son pasajes extraordinarios, que transmiten una vibración emotiva sorprendente y una frescura anímica. No obstante, López Páez no concebiría la infancia como un tema recurrente sino como una parte de lo que podemos llamar la saga familiar, saga íntimamente vinculada al paisaje.

El tradicional sentido de la expresión *novela psicológica*, que despunta en aquellos años en México, no lo describe de manera pertinente, aunque ocupará la psicología un lugar sobresaliente en futuros libros. Hay una tendencia, patente en el proyecto de Carlos Fuentes, de carácter balzaciano: una comedia humana. Lo hay, a su manera en Garibay, en el más joven Juan García Ponce, pero en pocos tan evidente como en López Páez. Sin embargo, su impronta no viene de la literatura francesa sino de la anglosajona –ya se mencionó que el título de su primera novela está tomado de Herman Melville.

Así, en sus novelas de mar se puede pensar que los lugares propios de Xalapa o Veracruz –la plaza, el jardín o el malecón– son espacios escénicos en los que el transcurrir vital adquiere carácter y textura. No es tan frecuente que en la novela mexicana el mar esté presente y eso refuerza la condición de raro de López Páez en nuestra literatura. Una de las características de su narrativa es la capacidad de evocar sin lamentos, incluso sin nostalgia, dándole una condición de tiempo materializado, más propia de la narrativa inglesa –una de sus grandes influencias– que de la francesa. Por esa condición es precisamente que este autor escapa a la etiqueta de narrador psicólogo, pues no confunde comportamiento psicológico con carácter. Eso incorpora a sus novelas familiares otra condición narrativa. La familia como unidad vital, incluso cuando está rota, le sirve para insinuar matizada la complejidad de los comportamientos del deseo, mismos

que no son únicamente sexuales. En ese sentido las interpretaciones de carácter freudiano son más bien erróneas.

Señalo esto porque uno de sus textos más famosos es el relato “Doña Herlinda y su hijo”, mismo que se ha convertido en un referente de la narrativa con temática gay y que incluso fue llevado al cine por Jaime Humberto Hermosillo. Ese relato lo situó de inmediato en una perspectiva más moderna: la literatura de género y específicamente la militancia gay. Lo curioso es que, como toda su narrativa, tiene un fuerte filo crítico. Además, el texto representa un cierto desafío en el contexto taxonómico de su obra reunida –le recuerdo al lector que esta nota se quiere un primer esbozo de una organización de sus obras reunidas–. Si una primera sección incluiría sus narraciones, novelas y cuentos de provincia, otra sección sería la de las novelas de familia, y en ellas “Doña Herlinda” sería en cierta forma una bisagra, cuyo significado pleno se podría valorar



Archivo personal de Jorge López Páez, reproducido con autorización de Víctor Balvanera

cuando aparezca la reunión de sus cuentos con temática gay, actualmente en proceso. El paso que va de las novelas de provincia y en cierta manera aprendizaje a las novelas familiares está marcado por la aparición de tintes humorísticos en claroscuro. Aparece la ironía sobre el comportamiento de los personajes y los tintes se cargan más en la medida en que se los toma en serio: su humor nunca es superficial ni fácil, y dará paso a esa condición ácida de las novelas de Sergio Pitól un par de décadas después.

El humor de López Páez es bastante raro en la literatura mexicana. No se parece ni al de Jorge Ibarguengoitia, más punzante, ni al del mencionado Pitól, que es más distante: López Páez construye sus personajes desde la afectividad, pero ese afecto lo lleva a deslizarse hacia el aguafuerte expresivo cargando las tintas sobre los defectos que, sin embargo, son observados desde esa misma afecti-

tividad, la que no se abandona nunca. La transición se puede describir de la siguiente manera: la sonrisa, surgida desde el afecto y la ternura, se desplaza hacia la mueca, más de desconfianza que de rechazo, pero que no acaba de ser en sentido pleno comprensivo. Y es ese umbral el que caracteriza a nuestro escritor. Hay, desde luego, una tonalidad negra en muchos de sus relatos y en cierta manera eso los vuelve relatos morales. Eso nos lleva a la pequeña pieza teatral con que se da a conocer: la condena viene, para tener sentido, del propio personaje, porque en él hay una conciencia de las ambigüedades vividas. Juzgar no será para López Páez un instrumento para condenar sino para comprender. Lo curioso es que su prosa se va ensuciando conforme escribe, no hay una pulcritud de estilo. Según yo, esto ocurre porque es el ir hacia adelante narrativamente el que le importa. Por eso también el tono cambia de sus

cuentos a sus novelas: si bien los primeros le permiten mayor precisión, las segundas le permiten desplegar una complejidad existencial mucho mayor.

Usando un pasaje de *El solitario Atlántico* –el de la cacería de libélulas– podríamos decir que eso es López Páez como narrador: un cazador de libélulas, festivo y fascinado por su vuelo (pienso en *Los cerros azules* o en *Silenciosa sirena*), libélulas-personajes atraídos por el estanque, esa metáfora de lo social. Sin el vigor de Garibay al describir, López Páez es, sin embargo, mucho más sutil y matizado. Su obra debe ser contemplada como una unidad y solo así podrá ser comprendida en toda su plenitud. **LPyH**

José María Espinasa es un poeta, ensayista, periodista, editor y crítico mexicano. Sus libros de poesía más recientes son *Al sesgo de su vuelo* (2009) y *Piélagos* (2014).